

## CAPÍTULO TERCERO.

Vigilia de Navidad.—Pontifical solemne.—Discurso del Padre Santo.—Día de S. Juan.  
Año nuevo.—Sesion pública del 6 de Enero de 1870.—Profesion de fé.

Los maitines y misa de la noche de Navidad, así como otras fiestas, se celebran generalmente por el Papa en la Capilla Sixtina, y no en la Basílica Vaticana. Aunque grande, no basta su recinto para contener la multitud de Obispos que hay actualmente reunidos, sin ocupar todo el lugar destinado á los fieles, así es que ahora todas las funciones se hacen en San Pedro. Pero ¡reunirse setecientos prelados, muchos de ellos ancianos y enfermos, en el vasto templo, á media noche, en el corazón del invierno! Crueldad habria sido, y por tanto se cambió el ceremonial, sustituyendo vísperas solemnes á los acostumbrados maitines, y omitiendo la misa de media noche, ó más bien de las *diez de la noche*, pues á esa hora se celebra en la capilla papal, por ser la correspondiente á la media noche en Belén.

Pío IX en persona ofició en las vísperas, y asistieron gran parte de los Obispos. No necesito decir que fué un espectáculo magnífico. Pero lo que fué verdaderamente sorprendente, así en sí mismo como por las circunstancias que lo acompañaron, fué la solemne misa el 25. Antes de bajar el Padre Santo á la Iglesia, encontró como de costumbre ese día, á la Guardia Noble en grande uniforme, formada en la sala del trono. Se detuvo un momento y les dirigió uno de esos bellísimos discursos que tan bien sabe improvisar el gran Pontífice, impartiendoles la bendición apostólica, y deseándoles que esta bendición sea para sus almas como un fresco rocío de gracia que los haga “buenos guardias y buenos cristianos.”

En la Capilla Gregoriana se puso los ornamentos y tiara, y en la se-

*dia gestatoria*, bajo palio y entre los grandes abanicos ó *flabellos*, procedió el Padre Santo al trono, circundado de su numerosa corte en traje de gala. No tengo tiempo, ni sería esta la ocasión de describir una á una las imponentes ceremonias de la misa solemne cantada por el Sumo Pontífice. Baste decir que hay ciertos pasos á que no puede uno acostumbrarse, por más que los vea, tales como el momento de la elevación en que el Vicario de Jesucristo muestra á los cuatro vientos á Aquel cuyas veces representa en la tierra, oculto bajo las especies sacramentales. El Pontifical esta vez se hacía más solemne aún que de ordinario, por la presencia de los setecientos Obispos, que frente al altar papal y en un local mucho más vasto que el Aula Conciliar, se ofrecían á nuestros ojos todavía más majestuosos, más augustos. ¡Oh! Por más veces que lo veamos, por más que se vuelva espectáculo ordinario, siempre nos infundirá profundo respeto y admiración el espeso bosque de blancas mitras crecido bajo las elevadas bóvedas de la Basílica Vaticana.

Terminada la misa, al quitarse los paramentos, recibió el Padre Santo las felicitaciones del Sacro Colegio de cardenales, llevando la palabra el subdecano, cardenal Patrizi. En pié el augusto Pontífice, con esa voz sonora que la edad no ha apagado, y un énfasis y una acción que tiene algo de sobrenatural, contestó á los Cardenales con un bello discurso que fuera del Sacro Colegio sólo á uno que otro Obispo y al inmediato séquito nos fué dado oír. ¡Oh memoria mía! ¿Por qué me has sido infiel? ¿Por qué no has conservado todas y cada una de esas mágicas palabras que en ocasión tan solemne profirió el Vicario de Cristo? . . . .

¡Ah! me fié demasiado en que habría quien recogiera una á una las bellas sentencias de Pío IX, y hé aquí que no lo hubo. Habló el gran Papa sobre la humildad, insistiendo en la necesidad que había de que él mismo y los Cardenales se humillasen. Al hablar de su propia persona, no olvidaré jamás el énfasis con que dijo: “indignísimo, sí, pero siempre Vicario de Dios; *indegnissimo, sí, ma pure Vicario di Dio.*” ¿Y por qué no hemos de esperar, añadió, que este Concilio ponga un remedio á los males que nos aquejan? Esto no quiere decir que lo consigamos, pero al menos no habremos omitido medio alguno para alcanzarlo. Citó á propósito de los vanos juicios los bellos versos de Dante:

“Non è il mondan romore altro che un fiato  
Di vento, che or vien quinci ed or vien quindi,  
E cambia nome perchè muta lato;”

y concluyó con una ferviente invocación al Espíritu Santo.

El día de San Juan Evangelista, cuyo nombre lleva Pío IX como particular, asistió el Padre Santo á la solemne misa cantada en San Pedro, y otro tanto hizo el primer día de 1870. Terminada la misa recibió las felicitaciones del General y oficiales de la guarnición francesa que vinieron de Civita Vecchia.

Como se había anunciado el día de la apertura, el 6 de Enero se celebró sesión pública en el aula conciliar de la patriarcal Basílica Vaticana. Conforme á lo prescrito en el *Ordo*, no hubo procesión. Los Cardenales, Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y Abades, después de ponerse sus blancas mitras y vestiduras sagradas, también blancas, ocuparon desde luego sus asientos, lo mismo que los generales de los órdenes religiosos. A las nueve de la mañana bajó el Padre Santo, y después de ponerse en la capilla Gregoriana las vestiduras pontificales, entró en el aula seguido de su noble corte, de Monseñor el vice-camarlengo de la S. I. R. del Príncipe Colonna, asistente al Solio y Custodio del Concilio, del Senado romano y otros varios preladados. Aguardaba ya revestido el Cardenal Patrizi, que celebró la misa, mientras que asistían á Su Santidad cerca del trono, el Cardenal de Angelis, como presbítero asistente, y los Cardenales Antonelli y Mertel, como diáconos. El subdiácono apostólico era Monseñor Appolloni, auditor de la Sagrada Rota.

Acabada la misa, Monseñor Fessler, Obispo de San Hipólito y Secretario general del Concilio, colocó los Santos Evangelios sobre el pequeño trono preparado encima del altar, y el Padre Santo rezó las oraciones de costumbre, á las cuales se siguieron las letanías, cantadas por los capellanes cantores pontificios. Al llegar al punto en que lo prescribe el ceremonial, el Sumo Pontífice bendijo tres veces el Sacrosanto Sínodo, y acabadas las letanías rezó las oraciones prescritas.

El Cardenal Diácono Capalti cantó, con las ceremonias necesarias, el Santo Evangelio, y luego Su Santidad entonó el *Veni Creator*, que cantaron armoniosamente los capellanes cantores, alternándose con los Padres del Concilio.

Acercáronse en seguida los dos Promotores del Concilio, abogados

consistoriales, De Dominicis-Tosti y Ralli, suplicando á Su Santidad que todos los Padres hiciesen la profesion de fé, segun la fórmula prescrita por el Sumo Pontífice Pío IV de santa memoria. El Padre Santo accedió á la súplica, se puso en pié, y primero que todos hizo él mismo la solemne profesion de fé, con voz clara y majestuosa que resonó en todos los ángulos de la Basílica.

En seguida Monseñor Valenziani, obispo de Fabriano, recibió la fórmula de manos de Su Santidad, subió al púlpito y la leyó á nombre de los Padres del Concilio. No hay eclesiástico que no conozca esa fórmula.

Terminada la lectura, se acercaron al Papa los Cardenales y Patriarcas uno á uno y de rodillas, con la diestra sobre los Evangelios, y declarando cada uno su nombre y dignidad ratificaron la profesion de fé con estas palabras: *spondeo, voveo et juro, juxta formulam praelectam*. Otro tanto hicieron los Arzobispos, Obispos y Abades, dos á dos, y los generales de órdenes de cuatro en cuatro. Cada uno al pronunciar las palabras: *sic me Deus adjuvet et hæc Sancta Dei Evangelia*, besaba el libro y volvía á su lugar. A los orientales se les preguntaba su rito por los maestros de ceremonias, y segun su respuesta se les presentaba la fórmula de la ratificación traducida en árabe, armeno, búlgaro, caldeo, griego ó siriaco, para que cada cual la pronunciase en el idioma de su respectivo rito.

Acabado este acto solemnísimo, los referidos abogados consistoriales volvieron al Solio Pontificio, y rogaron á los Protonotarios apostólicos extendieran el documento debido sobre todo lo que había pasado, y el Decano del colegio de los referidos Protonotarios respondió que lo haría poniendo por testigos á los dos jefes de la casa de Su Santidad, Monseñor Mayordomo y Monseñor Maestro de Cámara. Se cantó luego el Te Deum que entonó Su Santidad, dándonos en seguida la bendición apostólica, y cosa de las dos de la tarde se terminó la sesión, sin que se fijara el día para la próxima.

En las tribunas ó galerías estaban los Duques de Parma, los Condes de Caserta y Girgenti, con sus respectivas consortes, la gran Duquesa de Toscana y el Príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen. Enfrente se veía al Cuerpo diplomático, los dos generales en jefe, Kanzler y Dumont, y varias señoras de la alta nobleza romana. Las galerías superiores se hallaban ocupadas por los teólogos y canonistas pontificios y episco-

pales. A los procuradores de Obispos ausentes aún no se concede lugar alguno.

Los Caballeros del orden de Malta, bajo las órdenes del Bailío, General Conde Caccia, y los guardias nobles de Su Santidad, custodiaban, como el día de la apertura, la entrada del aula conciliar.

Al describir la primera gran reunión de los Padres del Sínodo Vaticano, trasladé al papel mis emociones. Esta vez he querido ceñirme á una crónica sencilla, y me contentaré con decir, que aunque ya nos vamos acostumbrando en Roma á los grandiosos espectáculos del Concilio, no por eso es menor nuestra admiración, ni son menos vivas nuestras emociones al presenciar tan magníficas escenas.

#### CAPÍTULO CUARTO.

Reuniones extra-oficiales.—El Cardenal Moreno.—Maquinaciones contra el Concilio.—Firmeza de Roma.

Además de las reuniones oficiales, si así podemos llamarlas, hay otras extraordinarias, en que se congregan en diversos lugares los Obispos de cada nacionalidad, para concertar sus planes, estrechar la unión entre sí, y hablar de los negocios de la patria común.

Nuestros Obispos mexicanos tienen tres clases de reuniones de este género. Para hablar de asuntos particularísimos se reúnen ellos solos, generalmente en casa del Illmo. Sr. Arzobispo de México. Para asuntos menos especiales, hay reuniones de todos los Prelados de México, Guatemala y la América Central, Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Repúblicas de las márgenes del Plata, que al principio se tenían en casa del Illmo. Sr. Arzobispo de Quito, y ahora se celebran en los espléndidos salones del Cardenal Borromeo.

Las reuniones principales y más numerosas son las que el Cardenal Moreno, arzobispo de Valladolid, tiene en su palacio. A ellas concurren los Prelados españoles, y todos los de las Repúblicas independientes de la América española. La unión y fraternidad que reina entre los Obispos de la Madre patria y los de las antiguas colonias, es perfecta y admirable. Los americanos están agradecidos á los europeos por esta santa amistad, al paso que los europeos manifiestan en alta voz su viva satisfacción, porque han desaparecido las antiguas divisiones, y ya el clero de las Repúblicas no ve de mal ojo al de España.

Y en verdad que esta unión no podría ser más estrecha. No hay divergencia de opiniones, y sobre las grandes cuestiones que dividen algo al Episcopado de otros países, los Prelados de lengua española están

unánimes. Pero no se reduce á esto sólo la fraternidad española. Hay una liga entre todos para auxiliarse y socorrerse mutuamente, si alguno lo llegare á necesitar; para ayudarse en todo, y marchar unidos como miembros de un mismo cuerpo. De aquí es que ninguno de nuestros Obispos ha pedido ni pedirá un solo centavo al Padre Santo, y que todos se mantienen, sin lujo, es cierto, pero sí con sobrada decencia. El mérito de esta íntima unión pertenece naturalmente á todos y cada uno; pero es justo también atribuirlo á su centro, al Eminentísimo Cardenal Moreno. Es español, pero nacido en Guatemala, donde pasó los primeros cinco años de su vida, y primo del actual presidente de la República del Ecuador. Patriota como todo hijo de España, se gloria, sin embargo, de haber nacido en América, y con su amabilidad y finísimos modales, se ha captado las simpatías y la confianza de todos los Prelados de la América española. Uno de ellos me decía no há mucho, señalándomelo entre sus eminentísimos colegas: "*speciosus forma prae caeteris cardinalibus.*" Y en efecto, no hay en el augusto Senado rostro más simpático, lineamentos más finos, ojos más dulces que los del Cardenal Arzobispo de Valladolid. Estas dotes naturales, unidas á sus relevantes prendas y gloriosos antecedentes, lo han hecho el centro más adecuado para la unión del episcopado hispano-americano.

Cuéntase que el Padre Santo está altamente satisfecho de esta unión de nuestro episcopado, y que ha hecho grandes elogios de su conformidad de sentimientos, de su espíritu y ciencia verdaderamente católicas, y de su adhesión á la Santa Sede.

Si los Obispos, exteriormente al menos, descansan un poco, la política no descansa un instante. Nada sabemos de cierto acerca de las intrigas y maquinaciones de los gabinetes. Corren rumores sobre una nota colectiva que se dice que han enviado algunas potencias, entre ellas Francia, al Gobierno pontificio, excitándolo á que no permita que el Concilio defina la infalibilidad del Papa. Otros dicen que preguntado acerca de este punto Emilio Ollivier, respondió que el Gobierno francés en nada intervendría, siendo éste un asunto que mira sólo al régimen interno de la Iglesia. Lo cierto es, que ahora de nuevo se han levantado los reyes y se han adunado los príncipes contra el Señor y contra su Ungido. Los agentes diplomáticos trabajan en Roma activamente, y han logrado, no se sabe cómo, penetrar en lo más íntimo del secreto conciliar. No hace mucho el Obispo de Olmuz fué á tratar

ciertos asuntos con el embajador de su nación, apenas terminada la congregación general. Al tratar del Concilio naturalmente lo hizo con las reticencias necesarias con los no iniciados en el secreto, y observándolo el diplomático, le contó riendo lo que acababa de pasar en la congregación, de donde salía el Prelado, y que no hacía aún dos horas que se había terminado.

Lo que asusta á los diplomáticos de Francia y de Baviera sobre todo, es la declaración del dogma de la infalibilidad Pontificia. ¡Es gracioso en verdad! No há mucho que han tenido barricadas en París, y continuamente está amenazada la orgullosa Francia por su temible vecina la Prusia. En Baviera la oposición es fortísima, y aun en el seno de la familia real se corren gravísimos peligros. Nada de esto, empero, preocupa á los diplomáticos de estos dos países, como la solemne declaración de una verdad, de que ningún católico sincero ha dudado nunca.